

Las Naciones Unidas en su septuagésimo quinto aniversario

Dr. Gert Rosenthal

En estos días, la Asamblea General de las Naciones Unidas celebrará su período de sesiones. En vez de la clásica reunión anual de Jefes de Estado en Nueva York, esta vez será un encuentro virtual, conmemorativo de un aniversario especial. Por un lado, la humanidad tiene mucho que celebrar por los impresionantes logros de la Organización en tantos campos a lo largo de los últimos 75 años. Por otro, no deja de ser paradójico que hoy, como nunca, su desempeño sea cuestionado, sobre todo ante los nuevos desafíos que las Naciones Unidas deben enfrentar con urgencia en la próxima década.

Paso primero a los logros. Al final de la segunda guerra mundial, que algunos historiadores ven como una secuela de la gran guerra que culminó en 1919, por no haber resuelto las tensiones entre países hacia el interior del continente europeo (y asimismo en el extremo oriente), los países victoriosos de aquella segunda guerra decidieron en 1945 crear una instancia multilateral tendiente a “preservar a las generaciones venideras del flagelo de la guerra...” Al hacerlo, trataron de evitar las circunstancias que condujeron a la inoperancia de la Sociedad de las Naciones, precursor de las Naciones Unidas y establecida al final de la primera guerra mundial, al diseñar un ente multilateral más acorde con las circunstancias en aquél entonces, como uno de los cuatro pivotes institucionales de un nuevo orden internacional (los otros eran el Fondo Monetario Internacional, el Banco Internacional de Reconstrucción y Fomento, y el embrión de lo que ahora es la Organización Mundial de Comercio).

Si bien sobran las críticas del Sistema de las Naciones Unidas, hoy se puede afirmar que, en su esencia, la Organización ha sido y sigue siendo un activo de singular valor para la humanidad. Ha sido pieza clave en evitar una

tercera conflagración de alcance planetario (aunque menos exitosa en evitar conflictos armados regionales, sub-regionales y transfronterizos); asimismo, ha sido la principal plataforma para la cooperación internacional en prácticamente todos los ámbitos del quehacer humano, pasando por el mantenimiento de la paz y seguridad, la cooperación económica y social, la protección y promoción de los derechos humanos, la defensa ambiental, la mitigación del cambio climático, y la ayuda recíproca en campos como la salud, educación, nutrición, así como el avance en la situación de la niñez, la juventud y la mujer.

Ha sido fuente de normas y legislación internacional. Se ha convertido en pieza clave de ayuda humanitaria, aún superior al de la Cruz Roja Internacional, así como la principal agencia de atención al creciente número de refugiados – hoy rodeando los 70 millones de personas– que buscan resguardo. También la Organización ha sido un punto de encuentro de decenas de miles de personas para intercambiar puntos de vista, socializar ideas, y participar en iniciativas de alcance mundial, dando así credibilidad tangible a que el diálogo es muy preferible a la confrontación.

Al mismo tiempo, no hay duda que la Organización ha tenido sus detractores, en parte por la propia lógica de una institución inmensamente compleja, descentralizada y fragmentada, a la cual sus estados miembros le piden mucho pero luego no le proveen los medios para cumplir sus mandatos. Algunos confunden a la Organización con un ente autónomo, capaz de tomar acciones con o sin el consentimiento de los estados miembros, cuando en realidad esa Organización comprende a todos: los estados miembros y la Secretaría, la red de programas y agencias especializadas. Según la Carta, solo los Gobiernos tienen la capacidad decisoria (si bien colectiva); el Secretario General y el servicio civil internacional simplemente ejecutan los mandatos que los Gobiernos les delegan, prestándose, desde luego, al rendimiento de cuentas posterior.

Una de las dificultades actuales es generar decisiones colectivas, cuando las posiciones de los estados miembros se encuentran muy encontradas. Ese fenómeno, por ejemplo, está detrás de la creciente disfuncionalidad del Consejo de Seguridad, dada la distancia que separa a los cinco miembros permanentes en algunas materias.

Eso también conduce a un segundo conjunto de críticas a la Organización: su resistencia a adaptarse a las cambiantes circunstancias del panorama internacional en que las Naciones Unidas se inserta. El Consejo de Seguridad se ofrece como un ejemplo, al cuestionar la figura de miembros permanentes y miembros electos por períodos no renovables de dos años, y aún más cuestionar porqué los cinco miembros permanentes actuales, todos con capacidad de vetar cualquier decisión colectiva, siguen ejerciendo ese privilegio desde 1945 ante la cambiante jerarquización de estados miembros en el siglo veintiuno.

Pero más significativo aún como fuente de repudio al multilateralismo es el auge, sobre todo en el último lustro, de tendencias nacionalistas (y hasta patrioterías) de signo ideológico diverso, que ha contribuido a que algunos estados miembros, lejos de valorar la cooperación internacional, tienden a percibirla como un freno a su derecho de determinar su propio futuro. Esos estados invocan, bajo la falsa premisa que la soberanía nacional y la cooperación internacional son conceptos antagónicos, la doctrina de la no intervención, uno de los pivotes de las relaciones internacionales, consagrada, por cierto, en la propia Carta de la Organización, siempre con las limitaciones que esa misma Carta establece.

El célebre lema de “Primero América” del presidente Donald Trump encapsula esa actitud; dañina cuando se ejerce por cualquier país miembro de la Organización, pero devastadora cuando la proclama la nación que se auto percibía hasta hace pocos años como un “líder” del orden internacional establecido en la postguerra. Esta nueva actitud ha resultado nefasta para la cooperación internacional. Un ejemplo se encuentra en la pandemia coronavirus-19. En vez de cerrar filas y enfrentar este problema común de manera conjunta, se ha desatado una competencia

entre naciones para acceder a servicios, medicamentos y, eventualmente vacunas. Como guinda del pastel, a Estados Unidos se le ocurrió, en un genuino berrinche, retirarse de la Organización Mundial de la Salud en medio de la peor crisis sanitaria en 100 años.

Pero hay algo inconsistente con anteponer el “sálvense quien pueda” a la cooperación para enfrentar problemas comunes. Virtualmente todas las tendencias económicas, sociales, culturales, tecnológicas, científicas, sanitarias y tantas más son de carácter transnacional. Nadie en este planeta interdependiente puede aislarse de aquellas tendencias. Por eso, como lo ha demostrado la Unión Europea, el mundo necesita más que nunca instituciones multilaterales para ayudar a cada nación navegar las tendencias internacionales para aprovechar sus oportunidades y mitigar sus potenciales efectos adversos. En la cúspide del ordenamiento institucional de carácter multilateral, aparecen las Naciones Unidas. Para repetir un dicho común, “si no existiesen habría que inventarlas.”

Y es eso lo que me lleva a concluir que el próximo período de sesiones de la Asamblea General ofrece la tribuna ideal para iniciar una reflexión sobre el rol de las Naciones Unidas para las próximas décadas. Hay un gran legado de experiencias acumuladas en los 75 años sobre los cuales se puede continuar construyendo, o, en su caso, enmendar el camino para adecuarlo a las circunstancias actuales. El Secretario General António Guterres ya ha impulsado importantes reformas en la organización interna, y los gobiernos miembros han adoptado lineamientos de una estrategia común bajo la llamada Agenda 2030 para el Desarrollo Sostenible. Pero se requiere mayor concreción para incorporar a esa agenda el doble imperativo de enfrentar el COVID-19 y sus secuelas (más las pandemias del futuro) así como rescatar al planeta de los daños irreversibles del cambio climático.

Más que celebrar el legado del pasado, este encuentro debe concentrarse en el camino a seguir en el futuro. Es de esperar que Guatemala, un país que claramente se beneficia del multilateralismo, aporte su granito de arena a esta gran empresa.

